

Letras Españolas Contemporáneas

Los años de guerra civil española y luego los de guerra mundial habían dificultado y a veces impedido totalmente el que pudiéramos en tierras de América seguir un poco de cerca el movimiento literario de España.

Por eso es un solaz cuando ahora, aún con algunos años de retraso, llega a nuestras manos alguna obra que nos hable de autores, libros y temas, tal como en la realidad son, sin mezclar posiciones partidistas, sin olvido o negación de valores insoslayables, y sin exaltación propagandista de falsos valores inaceptables.

Con más de tres años de retraso, hemos podido ahora por primera vez entretenernos gustosa y útilmente con las páginas del libro "La Literatura Española" por Nicolás González Ruiz. (1). Se trata de una obra interesantísima, muy necesaria, y de contenido original. Como lo indica brevemente la empresa editora de la serie de volúmenes "La Cultura del Siglo XX" a la cual aquel libro pertenece, un grupo de los mejores autores y hombres de ciencia españoles, exponen "dentro de sus especialidades respectivas y en forma clara y sencilla, la situación cultural de la época en que vivimos".

Nadie mejor escogido para escribir sobre letras españolas, como Nicolás González Ruiz. De sobra se nos ocurre que para muchos lectores americanos su nombre será casi o totalmente desconocido. Y sin embargo es un hecho que pocos críticos literarios cuenta actualmente España de la capacidad, preparación y veteranía de González Ruiz. Fué durante muchos años crítico literario de la importante sección bibliográfica del gran rotativo madrileño "El Debate", y formaba parte del profesorado de la excelente escuela de periodismo establecida por aquel mismo diario.

Fruto parcial de sus trabajos críticos, sobre autores contemporáneos, fué su ameno y sincero libro "En esta hora", en el que se hacía un balance de valores literarios, aunque necesariamente incompleto, pero con verdadero sentido orientador, sin prefe-

rencias ni parcialismos. (2). En esas páginas ya se destaca de cuerpo entero el crítico que es González Ruiz. Escritor bien formado en principios; documentado en su materia, sin exceso de erudición ni vano alarde de ella, con un estilo sobrio pero expresivo, y sobre todo con una independencia y sinceridad insobornables para llamar las cosas por su nombre y para decir las verdades necesarias, a quien sea y aunque escueza y desagrade.

Pocos críticos españoles de los últimos veinticinco años habrán contribuido más eficazmente a la valoración legítima, sin componendas perjudiciales y engañosas, de los autores españoles de la hora presente.

Por esta razón el nombre de González Ruiz estuvo bien escogido para encargarlo de presentarnos un resumen histórico de la literatura española en el siglo XX. El libro que consta de casi 300 páginas, de formato "en cuarto menor" y de agradable impresión, consta de tres partes, y un total de veinticinco capítulos.

La primera sección que contiene siete nutridos capítulos, va encaminada a presentarnos aquella parte de historia literaria de fines del siglo XIX que imprescindiblemente dice relación con el siglo XX. Mejor dicho se trata de aquellos autores que sobreviven y figuran en el siglo XX, pero cuya aparición fue en una actitud de reacción contra la decadencia innegable que se iba acentuando en las letras españolas a fines del siglo XIX. Es pues un período como de transición que dura hasta los años de la gran guerra europea que terminó en 1918.

Como es natural, tócale al autor analizar valores del tan traído y llevado grupo "no-veintiochista", o de la llamada generación del 98. Y oportunamente hace arrancar aquel movimiento de la figura y actitud españolista del ardoroso precursor Angel Ganivet, muerto precisamente en 1898. Aquel joven a los 32 años de edad, con una visión envidiable de la realidad española y de su remedio, decía imperturbable en su ponderado librito "Idearium español", tan poco leído por muchos españoles: "Cuanto en España se construya con carácter nacional, debe ser sustentado sobre los sillares de la

(1) *La Literatura Española*. Nicolás González Ruiz. Ediciones Pegaso, Madrid, 1943, 296 pp. (Forma parte de la Colección "La Cultura del siglo XX").

(2) Nicolás González Ruiz. *En esta hora*. Ojeada a los valores literarios. Madrid, Talleres Voluntad, 1925. 233 pp.

tradición". "España se halla fundida con su ideal religioso, y por muchos que fuesen los sectarios que se empeñasen en descatalogarla, no conseguirían más que arañar un poco la corteza de la nación". Quién dijera que andando los años sus palabras iban a resultar de un sentido profético sorprendente!

Todavía en el ocaso del siglo XIX y en los primeros doce años del XX, nos presenta González Ruiz en síntesis justificada y jugosa la figura de Menéndez y Pelayo alumbrando con resplandores inconfundibles e insuperados la escena literaria de aquella España que decae y que se debate en ansias de restauración. Al morir el Maestro por antonomasia, dejaba impresa su garra de león, no sólo en el número y calidad de sus escritos, sino en la pléyade de discípulos ilustres que le sucedieron: Menéndez Pidal, Rodríguez Marín, Bonilla San Martín, Asín Palacios, por no citar sino los más conocidos, y "en general, cuanto en la investigación literaria posterior ha significado algo en España" tiene su punto de arranque y su iniciativa en Menéndez y Pelayo. Nunca más oportuna semejante inclusión del nombre del Maestro incomparable, al ver cómo en años presentes se ha tratado de desvirtuar el mérito de su ingente e insustituible labor cultural y patriótica. Se ha pretendido desmoronar estatua tan colosal, porque en ella se ha podido señalar pequeños errores que tratándose de un humano no hay porque extrañar que los tuviera. Pero no se le quiere perdonar su catolicismo neto e integral, y eso es todo. ¿Dónde lo hubieran puesto sus modernos detractores, si en vez de militar en las filas de la tradición española, lo hubiera hecho en las del grupo opuesto? ¿Y qué decir, —mejor no decir nada—, de las credenciales de quienes han intentado inútilmente rebajar su prestigio o denigrar su obra?

González Ruiz deja muy bien señalada la significación y la actitud del grupo "no-veintichista". Primero en general; y luego al ir pasando revista, en sucesivos capítulos, a los viejos valores que sobreviven hasta ya muy entrado el siglo XX, hace referencias particulares, atinadísimas y objetivas. Benavente, Baroja, "Azorín", Valle Inclán Unamuno y Maeztu, son autores juzgados cada uno en capítulo separado, y donde se da una visión completa y sin recargos de la obra de cada uno de dichos escritores, se la encuadra perfectamente en su tiempo, se advierte la evolución positiva que en todos ha tenido lugar, y dice la palabra final o juicio crítico. Esto último es un cernido se-

reno, sin remilgos bonachones, pero también sin rechazos o sanciones caprichosas e intempestivas. Lo dicho respecto de Unamuno y de "Azorín", por no citar sino dos, de los capítulos que más nos interesaron, nos parece una síntesis precisa, y pudiera ser definitiva, aunque dentro de la necesaria concisión. Pero sépase que González Ruiz sabe decir y meter mucho en pocas líneas; y algunas de esas líneas resultan a veces lapidarias.

Los catorce capítulos de la segunda parte contienen, en forma también ya bastante definitiva la apreciación de aquellos autores inmediatamente posteriores al "98", y los cuales en buena parte ya no viven. (3). En esta parte, la exposición y análisis de autores y obras de teatro se lleva nada menos que seis capítulos. Sabido es que el teatro español va alcanzando; a partir de Benavente, a lo largo del presente siglo un desarrollo fecundo y variado, si bien no siempre la cantidad estuvo en justa proporción con la calidad. Los Quinteros, Arniches, Marquina, Muñoz Seca, —a quienes citamos en particular por su más extensa obra—, y todos los otros valores representativos de la dramaturgia, van surgiendo bajo la pluma sagaz de González Ruiz adornados con los méritos que en justicia les corresponden, pero también despojados del falso brillo que ocasionalmente pudieron darles los estrenos y aplausos en noches de problemático triunfo. Véase como ejemplo de la manera sobria y objetiva de González Ruiz al emitir sus juicios, el siguiente párrafo con que cierra el atinado capítulo sobre el teatro de los Quinteros: "Con doscientas obras teatrales, —dice—, en números redondos, de las que puede decirse, en suma lo que va dicho aquí, cabe pre-

(3) Sabido es que al comienzo de la guerra civil española las hordas salvajes del gobierno rojo republicano, en aquella orgía de asesinatos a sangre fría como no conoce otra la historia moderna, asesinaron entre otros notables escritores a los comediógrafos **Honorio Maura** y **Pedro Muñoz Seca**, al crítico y ensayista **R. de Maeztu**, al historiador **Víctor Pradera**, al bondadoso y popular cuentista "**Curro Vargas**". Sin embargo el mundo de las letras, gracias a una propaganda bien administrada en la prensa de todo el mundo, parece que no ha tenido lógrimos ni quejas sino para lamentar en todos los tonos la muerte casual, en un tiroteo callejero en Granada, del poeta **F. García Lorca**. Y caso curioso, pero muy callado: en un bolsillo llevaba Lorca al morir el borrador, de su puño y letra, de un canto entusiasta al levantamiento militar español del año 1936!

sentarse erguidamente ante la posteridad. La manera quinteriana de hacer comedias ha muerto. Las virtudes fundamentales de las comedias quinterianas no morirán jamás, porque ellas, bajo formas distintas, serán siempre la base del buen teatro y a ellas habrá que volver, de regreso de todas las experiencias. Los Quinteros son ya historia del teatro español. Pero la historia del teatro español, en el último medio siglo, no puede prescindir de los Quinteros". (pág. 156).

En esta misma segunda parte se ordena y encuadra, con claridad y precisión, en cinco jugosos capítulos el desarrollo de la novela. Las grandes figuras en ellos tratados son entre otros: Pérez de Ayala, Palacio Valdés, Ricardo León, Fernández Flores, etc. Son autores también casi todos ya desaparecidos, y por lo tanto con una obra literaria susceptible de un juicio definitivo.

Muy bien hace notar el crítico la doble actitud que se halla representada en algunos de estos novelistas. Con Pérez de Ayala permanece en parte la actitud de reacción negativa instaurada por los "noveintochistas", mientras que en R. León, Gabriel Miró y la admirable Concha Espina se observa el fenómeno de una reacción espiritualista. Y entre esas dos corrientes, quedan sobreviviendo como representantes del siglo anterior y de las escuelas realista y naturalista, dos escritores tan disímiles como Palacio Valdés y Blasco Ibáñez.

Páginas bellas y alentadoras, como en rigor las merecía, son las que González Ruiz consagra a la obra de ese eximio novelista Palacio Valdés. Es uno más de esos valores a los que una malévola intención silenciosa ha tratado de desalojar del puesto tan gallardamente conquistado con sus treinta y dos libros escritos "con reposo, con orden y sana alegría interior", reveladoras de un envidiable humanismo sano.

No podemos seguir uno por uno los diferentes capítulos, todos tan densos de doctrina, y tan llenos de observaciones jugosas e interesantes. Entre ellos nos merece especial mención el dedicado a la obra de Ortega Gasset.

Es un capítulo severo y sereno al mismo tiempo, y en el que aparecen afirmaciones que hace tiempo debieran haberse hecho, —lo mismo se diga ántes respecto de Unamuno—, afirmaciones debidamente razonadas en torno a ese tan mal cimentado título de filósofo sobre el que se quiso co-

locar la figura del autor de "La rebelión de las masas".

Los cuatro capítulos de la última parte nos dan una síntesis de lo contemporáneo en letras españolas hasta la fecha 1936, que es la que el autor se asignó a sí mismo como tope de su trabajo. El teatro, la novela, la poesía y la crítica aparecen en panorama un poco rápido. Bien reconoce el autor que esta parte de su libro no puede llamarse propiamente historia. Ni aun el conjunto del libro quiere él llamarlo historia por parecerle, con razón, que aún hay muchos puntos en los que es imposible decir la palabra crítica definitiva.

Una impresión general que hemos recogido después de detenida lectura de esta obra de González Ruiz, es la de un sensible descenso gradual desde la mitad hacia el final, en lo que respecta a vigor y razonamiento de los juicios críticos que se dan. Es cierto aquello mismo que el autor antes nos ha dicho: que no es posible hablar de los autores aún en plena producción en términos de conclusión final. Pero sin embargo creemos que hay partes de algunos capítulos que casi parecen enumeración bibliográfica y de autores, con rápidas frases de apreciación crítica.

El mismo González Ruiz sale al paso en su Epílogo al problema "pavoroso", dice él, de las omisiones. Reconoce que las hay, pero añade que estas son intencionadas, porque solo ha querido exponer tendencias y sus hombres representativos. Pero de todos modos hay unos poquitos nombres que se nos ocurre que podrían haber cabido entre esos representativos. El prosista José Ma. Salaverría, el tan olvidado pero exquisito y típico poeta Vicente Medina, el autor teatral A. Casona, ... no son los únicos cuya inclusión habría redondeado la materia de algún capítulo.

Además, nos extraña que González Ruiz dejara de incluir algún capítulo, por lo menos en resumen general, referente a los muchos, profundos y elocuentes oradores españoles del período historiado. La academia, el parlamento y el púlpito ofrecen ejemplos escogidísimos de ese verdadero género literario que es la oratoria.

Ojalá libros como este de González Ruiz, de carácter más formativo que informativo en beneficio del lector, obtuviese en América una extensa difusión, y que en ediciones sucesivas vayan apareciendo las mejores que amerita su innegable utilidad.

PEDRO P. BARNOLA, S. J.